El ojo liberal de Rodolfo Vázquez

Antonio Machado, en uno de sus proverbios dedicados a José Ortega y Gasset escribió:

El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas;
es ojo porque te ve.

El verso del poeta sevillano viene a mi mente al leer el libro de Rodolfo Vázquez, *Educación liberal. Un enfoque igualitario y democrático*. Es que, bien visto, el libro gira alrededor del subtítulo. Es el *enfoque* liberal lo que resalta en esta reflexión sobre la educación. El liberalismo no es liberalismo porque tu lo veas, es liberalismo porque te ve. En efecto, la filosofía liberal no se encuentra en este libro como una escultura que es admirada por el autor. Todo lo contrario, este liberalismo vivo y musculoso piensa, imagina, recuerda, propone, resuelve. No es liberalismo de museo sino en el gimnasio.

Los razonamientos y el temple liberal de Rodolfo Vázquez encuentra en la educación un espacio para mostrarse. En cierto sentido podría decirse que la elección del blanco es casi un pretexto para desenrollar la vitalidad del liberalismo. Pero hay una razón más profunda para concentrarse en la educación. Como bien dice el autor, “sin educación las libertades liberales perderían todo su valor” (121). Esta investigación es, pues, una exploración de las condiciones que hacen posible el ejercicio de la libertad.

El liberalismo de Rodolfo Vázquez se abre paso entre las amenazas de la sociedad abierta. La educación liberal y sus enemigos, podría haberse titulado el libro. En primer término combate el modelo educativo tradicional que representan la ciudad congelada de Platón, la *polis* ordenada de Aristóteles y el reino del bien común de Santo Tomás. El denominador común de esta educación tradicional es la concepción de la educación como el mecanismo para combatir el vicio y enseñar la virtud. Quien conoce la verdad nos lleva de la mano. La escuela es, entonces, enseñanza de un bien indiscutible.

RESEÑAS

El perfeccionismo que Rodolfo Vázquez entiende como la concepción que sostiene que “lo que es bueno para un individuo o lo que satisface sus intereses es independiente de sus propios deseos y que el Estado puede, a través de distintos medios, dar preferencia a aquellos intereses y planes de vida que son objetivamente mejores”, coincide, evidentemente, con una mentalidad autoritaria. En ese sentido, estoy de acuerdo con la crítica de Rodolfo al straussiano Allan Bloom en su polémico libro sobre la cerrazón de la mente norteamericana.

Pero aquí me parece que vale la pena intentar una defensa de los clásicos que parecen barridos con la misma escoba con la que Rodolfo Vázquez despedaza al profesor de la Universidad de Chicago. Creo que un proyecto de educación liberal no puede caer en la tentación populista de tachar a los clásicos como elitistas. No puede echarse al costal del neoconservadurismo la defensa de los grandes valores de nuestra civilización. Italo Calvino expuso en un bello ensayo las razones por las que debían leerse los clásicos. No tienen nada que ver, por cierto, con las razones que expone Allan Bloom las que nos impulsan a leer y releer esos libros que “nunca terminan de decir lo que tienen que decir”. Los clásicos no valen porque nos hagan buenos. Lo ha dicho bien otro Bloom, Harold Bloom, en su recorrido por el *hit parade* de la inmortalidad occidental: “leer profundamente los clásicos no hará a nadie una mejor o una peor persona, un ciudadano más o menos servicial. Lo único que puede propiciar la lectura del canon occidental es el uso apropiado de nuestra propia soledad; una soledad cuya forma final es la confrontación de cada quien con su propia mortalidad”.

En segundo lugar, Rodolfo Vázquez se lanza en contra de la perspectiva economicista que percibe a la educación, simplemente como una inversión en capital humano. Desde una perspectiva libertaria ha de ser la empresa privada la que se encargue de la educación: cualquier interferencia del poder público sería contraproducente e ilegítima.

En seguida el autor apunta hacia el comunitarismo. Esta filosofía, enfatizando el entorno societario del individuo, colocaría la autoridad educativa en manos de los padres. Los padres, sin embargo, bien pueden ejercer su autonomía para bloquear el horizonte de los hijos. Por ello, argumenta Rodolfo Vázquez, es plenamente justificable interferir en la autonomía de los padres cuando obstaculizan la formación de la autonomía de los hijos.

Rodolfo Vázquez defiende así un liberalismo maduro que entiende que el Estado, si bien es, como todo poder, una amenaza, es también requisito para

RESEÑAS

el despliegue de la libertad y la igualdad. Por ello Vázquez defiende, apoyándose en Garzón Valdés, el deber positivo del estado en materia educativa. “La protección de la autonomía e igualdad del individuo y la satisfacción de las necesidades básicas que se requieren para su desarrollo exigen la imposición de deberes positivos” (119). Dicho de otra manera, sin la intervención del Estado, el liberalismo se devora a sí mismo.

A lo largo de las páginas de este libro que viene a enriquecer la Biblioteca de ética, filosofía, del derecho y política, se despliega una imponente argumentación. La cadena de su reflexión es una apretada sucesión de razones que convencen. Quizá abusa de las muletas académicas. El hipo del pie de página impide que la prosa de Educación *liberal* trote libremente. De cualquier manera, y a pesar de este generalizado vicio de la clerecía universitaria, no puede dejar de notarse la pertinencia no solamente teórica sino política de esta reflexión. Me refiero, en primer lugar a la importancia que tiene en estos momentos el defender inteligentemente el liberalismo. Y, en segundo lugar, a la necesidad de repensar la educación en México.

En este ejercicio filosófico, como decía en un principio no vemos el liberalismo: somos vistos por él. Ese liberalismo que blande Rodolfo Vázquez es un liberalismo vivo y aún subversivo. Norberto Bobbio escribía hace ya algún tiempo que la democracia era subversiva. Hoy podemos decir que el liberalismo, Lejos de ser una creencia *light*, lo es igualmente. El liberalismo conserva su impulso crítico, desde sus ventanas bien podemos cuestionar el orden existente y trazar un mapa de reconstrucción política.

El liberalismo mexicano se extravió en algún momento del siglo XIX. Al convertirse en ideología triunfante se dedicó a construir el Estado y se olvidó de la otra parte de su propósito: la construcción del ciudadano. Las tres columnas del edificio liberal: autonomía, dignidad, igualdad son el armazón básico del individuo como sujeto activo de la política. Después del cataclismo político del 89 hay pocas ideas que conservan su vitalidad. El liberalismo y su nuevo-antiguo enemigo, el comunitarismo son los focos ideológicos más calientes en el mundo. Con Rodolfo Vázquez, creo que en el liberalismo se encuentran los hilos de un proyecto civilizador. Me atrevo a decir, incluso, que en el liberalismo está el espacio para la reinención de la izquierda. Esto lo ha visto bien el dirigente del Partido de la Izquierda Democrática de Italia, el hijo del legendario Partido Comunista Italiano, Massimo D'Alema quien resumía hace un par de años el compromiso político de su partido como un compromiso con la revolución liberal.

RESEÑAS

Decía que la pertinencia del libro que hoy presentamos dependía también de su visión de la educación en el universo social. En un tiempo en que el espejismo de la modernidad vuelve a embrujarnos, el libro de Rodolfo Vázquez defiende un humanismo educativo que choca con la arrogancia tecnocrática. Gabriel Zaid ha hecho la crítica a la universidad como mecanismo trepador. Saber para subir, titula uno de los ensayos que luego recogió en *De los libros al poder*. En la obra de Rodolfo Vázquez no se esconde esa ilusión del progresismo: la defensa de la oligarquía universitaria como la nueva clase elegida que habrá de salvar al mundo por su dominio de las ciencias y de las técnicas. Después de pasar tantos inviernos helados en Boston, llegar a Palacio Nacional es lo menos que se puede merecer.

El enfoque de Rodolfo Vázquez no es éste. En educación, el ejercicio vale en sí mismo. En el proceso educativo cuenta más la experiencia que el efecto; más el trayecto que el premio. Su ojo no ve en la educación un trampolín para llegar al Palacio sino la práctica necesaria para integrar, simple y ambiciosamente, una sociedad de ciudadanos.

JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ

Departamento Académico de

Derecho, ITAM